

LIBROS PEREGRINOS

Katarzyna Skóra
Universidad Jagiellonica de Cracovia

Polonia es un país cuya historia abunda en momentos dramáticos como infinidad de guerras, largos años de la esclavitud y lucha ensañada por la libertad. Estas experiencias deciden de la especificidad del país, forman una fuente de inspiración para un arte maduro y hermético, pero también constituyen una maldición para este mismo arte, vista la cantidad de obras destruidas, desmoronadas, perdidas, robadas en el alboroto de los tiempos.

Después de la Segunda Guerra Mundial, Polonia se mostró en ruinas, su patrimonio cultural considerablemente empobrecido: lo que no fue devastado por los bombardeos y por el fuego, fue saqueado y expoliado por los agresores para no volver jamás a Polonia. Parecía que, desde entonces, lo que quedó del tesoro nacional iba a ser cuidadosamente guardado y protegido. Desgraciadamente, la falta de protección conveniente relacionada con las insuficiencias del sistema jurídico en cuestión de robos o de contrabando de obras de arte y objetos de valor histórico, y también la mala situación económica del estado, que no disponía de los fondos necesarios para garantizar la seguridad de todos los vestigios de la creación polaca, hicieron que en Polonia, como en otros países del Este europeo, se desarrollara un “mercado negro” de arte. Este proceder funcionaba según la demanda del Oeste, donde se vendían, ilícitamente pero casi oficialmente, y además a precios ridículamente bajos, fragmentos del arte, de la cultura y de la historia polacas, empezando por los iconos de las iglesias ortodoxas y por otros objetos del arte sacral, para terminar por manuscritos y libros antiguos de las bibliotecas más famosas.

Desde hace mucho no sólo los responsables de la protección de la cultura polaca, sino también la opinión pública son conscientes de estos procesos

deshonrosos aunque sin darse cuenta de la gravedad de la situación y considerándola, al igual que la legislación polaca, de poca nocividad social. Puede que ésta sea la razón por la cual la insolencia y la jactancia de los ladrones llegó a sus límites, o al menos esto parecía, cuando la edición príncipe de la famosísima obra de Nicolás Copérnico “De revolutionibus orbium coelestium” fue robada en Cracovia. Este robo, tan inimaginable y tan insolente a la vez, sublevó a toda Polonia. Millones de polacos escandalizados se preguntaban cómo había sido posible que un libro tan emblemático, objeto de orgullo nacional, hubiera desaparecido. Enseguida se suscitaron discusiones de los expertos y de los diletantes sobre los sistemas de protección, sobre su eficacia y posibles negligencias de los responsables de la guarda de los libros calificados como colecciones especiales, visto su altísimo valor. Poco tiempo después, casi a modo de réplica irónica por parte de los ladrones, se descubrió en la Biblioteca Jagiellonica de Cracovia un nuevo robo, esta vez de más de media centena de *rara avis*.

El escándalo comenzó con el primer robo “famoso”. Todo sucedió el día 23 de noviembre de 1998 en la Biblioteca de la Academia Polaca de las Ciencias (PAN) en Cracovia. Un hombre de unos cuarenta años de edad entró en la sala de lectura a las 14:30 pidiéndole al empleado de la Biblioteca el libro de Copérnico, que había reservado unos días antes. El plan fue muy simple pero perfectamente preparado. El ladrón, después de haber recogido el libro, quitó del forro los más de 200 folios de la obra, los guardó bajo su jersey y salió tranquilamente de la sala fingiendo dirigirse hacia los aseos. El delito fue descubierto pocos minutos después, pero ya era demasiado tarde. Lo único que se encontró fue el abrigo del ladrón y el recibo bibliotecario que contenía los datos de una persona que dos años antes había dado parte del robo de su carnet de identidad.

Hasta este día nefasto en Polonia se hallaban doce ejemplares de la obra de Copérnico “De revolutionibus orbium coelestium”, que fue impresa y editada por primera vez en 1543 en Nüremberg, por J. Petreus. La edición príncipe, según los expertos, constaba en total de 260 ejemplares, aunque hay que tener en consideración que este número ya de por sí bajo ha disminuido seguramente a través de los siglos por causas “naturales” como incendios o inundaciones. Así se puede explicar fácilmente porqué los bibliófilos y los anticuarios subrayan el valor inestimable de este libro. La Interpol indica que este robo de la obra de Copérnico ya es el cuarto caso en últimos dos años. Antes, de modo muy parecido, desaparecieron en Brno y San Petersburgo dos ejemplares de la segunda edición; luego, en agosto de 1998, en Kiev fue robado un ejemplar de la edición príncipe de Nüremberg. No cabía duda que se trataba de un grupo bien organizado de ladrones y que más o menos tarde los libros aparecerían en el mercado.

No extraña entonces la reacción alarmante de la fiscalía polaca y de la dirección de la Biblioteca de PAN, cuando en octubre de 1999 un “De revolutionibus” apareció en el catálogo de Christie’s, una casa de subastas de Londres. El ejemplar destinado a la venta era de la misma edición que el de Cracovia Sin embargo, en este caso y casi siempre cuando se trata de libros antiguos, sólo un análisis profundo por parte de especialistas podría eliminar cualquier duda, vista la especificidad del lenguaje de marcas características, de sellos, de elementos ornamentales del libro que permiten diferenciar un ejemplar de otro de la misma edición. A veces comprobar si un libro viene de un robo no sólo depende de la intuición y del esmero de un especialista. El representante de Christie’s, responsable de la sección de libros y manuscritos, desde el principio excluía la posibilidad del supuesto origen polaco del libro, subrayando que se había hecho todo para averiguar su procedencia. En esta cuestión se pronunciaba también el profesor de astronomía de la Universidad de Harvard, Owen Gingerich, actualmente el experto más reconocido que durante años se ha ocupado de los problemas de identificación de los ejemplares de la edición príncipe del trabajo de Copérnico. Aunque ya está claro que el libro de Londres no tenía nada que ver con el robo de Cracovia, al principio existían elementos que sentaban la base para creer lo contrario: unos detalles imperceptibles para los diletantes pero decisivos para los expertos. En la esquina derecha de la parte superior de la primera página del libro, había una parte añadida al original, exactamente en el sitio donde en el ejemplar de Cracovia se hallaban las firmas del propietario del siglo XIX, la Academia Polaca de Ciencias. Además, las noticias de la procedencia de este libro conciernen sólo a los siglos XVII y XVIII, no se sabía nada de sus propietarios posteriores. Su existencia no fue mencionada en ningún catálogo, lo que es bastante típico para los libros que provienen de bibliotecas, igual que el ejemplar de PAN que fue regalado a la Biblioteca en la segunda mitad del siglo XIX por Julián Bayer, un científico polaco, y que allí estuvo hasta el día de su robo. Esto demuestra lo difícil que es encontrar e identificar un libro perdido, y lo importante que es saber proteger bien las colecciones para prevenir estas situaciones dramáticas cuando el tesoro público está en peligro por culpa de unas negligencias que se pudo haber evitado.

La otra historia del saqueo espectacular tuvo lugar en la Biblioteca de la Universidad Jagiellonica, la universidad más antigua de Polonia, una de las más renombradas en la Europa central, centro científico y cultural sustentado por una historia y tradición centenarias. Evidentemente, ni el factor histórico o patriótico, ni la fama de la Universidad pudieron detener a los ladrones, que aprovecharon la protección insuficiente y el mal control de los libros, cuyo valor, no sólo material sino también cultural y simbólico, como fundamentos de nuestra civilización y desarrollo de la ciencia, es inconcebible.

En la Biblioteca Jagiellonica, la sección de incunables y de impresos antiguos estaba desde hace mucho expuesta a este tipo de peligros por culpa de la mala protección, e incluso por la falta de protección, lo cual demuestra la irresponsabilidad de la dirección del centro.

El robo fue descubierto en abril de 1999, por casualidad, cuando una de las empleadas de la Sección de Impresos Antiguos vio en el almacén una envoltura preparada para uno de los incunables, con la cubierta especialmente adornada, que se había destinado para una exposición en La Haya. La envoltura estaba en una de las estanterías y al levantarla resultó estar vacía. El incunable tampoco estaba en el estante donde tenía que encontrarse normalmente, pero su sitio estaba ocupado por su envoltura protectora de papel gris, la cual se utiliza para todos los libros de los almacenes bibliotecarios, con la signatura escrita en el lomo de la envoltura. Sin embargo bajo esta envoltura se hallaba un libro distinto, del siglo XVI, de valor relativamente bajo.

La dirección de la Universidad durante mucho tiempo guardó el secreto intentando hacer una investigación “privada” dentro de la Biblioteca. La policía y la fiscalía fueron avisados sólo cuando aquella acción no había traído ningún resultado. Ya los primeros informes de la investigación formal resultaron sorprendentes: entre el almacén de impresos antiguos, en el que se guardaban los incunables y el tesoro con el contenido máspreciado, y el almacén general de libros no existía prácticamente ningún tipo de protección. En el almacén de impresos antiguos se encuentra la parte más valiosa de la colección bibliotecaria de la Universidad Jagiellonica, 3.500 incunables, mientras que la puerta que separaba este almacén del almacén general, accesible a multitud de empleados, se cerraba con una llave de las más simples. Los empleados de la Biblioteca se acuerdan que más o menos una semana antes de que fuera descubierto el robo la cerradura funcionaba cada vez peor.

La policía desmontó todas las cerraduras de las puertas de la colección especial y se averiguó que al menos una llevaba las marcas de haber sido abierta con un instrumento distinto de una simple pero apropiada llave. La misma puerta de la colección especial ni siquiera estaba preservada con un precinto de plomo mientras la biblioteca permanecía cerrada, cosa que recomendaban las normas más básicas de seguridad.

También se descubrieron hábitos más que sorprendentes que tenían lugar en la biblioteca. Uno de los anteriores jefes de la Sección de Impresos Antiguos solía recibir en el almacén a algunas personas e incluso a grupos de invitados, suyos

unos y otros de la Universidad, y les mostraba allí en el almacén los libros más valiosos. También, en presencia de estas personas no autorizadas, se abría el tesoro para presentar los “rara avis” más famosos. Así fueron violadas al menos dos reglas de seguridad: primera, ninguna persona ajena al centro tiene acceso al almacén; segunda, bajo ningún pretexto se puede abrir la caja fuerte en su presencia. La instrucción constató también un estado catastrófico de la seguridad interior de la Biblioteca Jagiellonica, lo que además no difiere mucho de la situación de las demás bibliotecas grandes de Polonia. Existe siempre un grupo de empleados apasionados para quienes el trabajo entre los libros es un placer y una satisfacción personal, que a pesar de los sueldos muy bajos permanecen en sus puestos dedicándose con afán a sus deberes. En cambio, se observa una fluctuación creciente de almacenistas mal remunerados a los que no se ponen muchas exigencias sustanciales, ni se verifican sus calificaciones éticas para un trabajo que requiere tanta responsabilidad. Teniendo en consideración que tampoco funcionaba ningún sistema de seguridad que pudiera eliminar los efectos de la malevolencia de algunos empleados, se podría decir que la Biblioteca Jagiellonica estaba provocando este accidente fatal.

Todavía no se ha contestado de forma inequívoca a la pregunta de quién robó los libros, lo que no significa que toda la cuestión del robo esté en las tinieblas del misterio. El modo de actuar de los ladrones indica que actuaron por encargo. La mayoría de obras perdidas son libros cuyo valor había subido considerablemente en los últimos años en el mercado de antigüedades occidental. El ladrón se apoderó, entre otras varias cosas, de seis ejemplares de diferentes ediciones del siglo XV de la “Cosmographia” de Ptolemeo, una obra hoy en día increíblemente cara.

Poco tiempo después de haber descubierto el robo, se sugería que el ladrón era uno de los empleados de la Sección de los Impresos Antiguos de la Biblioteca Jagiellonica. Subrayando que sólo uno de ellos sería capaz de encontrar el libro apropiado, porque la colección de impresos antiguos tiene varios tipos de firmas, lo cual constituye un sistema no muy transparente para un inexperto. Sin embargo, este punto de vista no está fundado en la realidad.

Tres ejemplares de la “Cosmographia” de Ptolemeo tenían los números de las firmas seguidos; el que se encontraba en el medio era el mejor conservado, con la cubierta más bonita y la ornamentación más interesante y de la misma edición que aquellos robados. ¿Por qué entonces se quedó en el estante intacto? Este ejemplar tenía la envoltura protectora muy grande para guardar también los mapas encuadernados separadamente, de manera que no cabía en el lugar correspondiente a la firma, y estaba colocado en el estante superior, exactamente encima de su propio lugar. Lo sabían todos los bibliotecarios de la Sección de Impresos Antiguos. El ladrón no lo sabía.

Hay otro argumento que podría eliminar a los empleados de Impresos Antiguos del círculo de sospechosos: el ladrón seguramente recibió un encargo para el robo de "Cosmographias" de Ptolemeo especialmente valiosas. Consiguió robar seis ejemplares de distintas ediciones, entre ellos se encuentran dos de la primera edición de Vicenzy de 1475. El ladrón probablemente creía que cuánto más antiguos fueran serían más caros, mientras que su valor en el mercado es incluso diez veces más bajo que el de ediciones más tardías. En la edición príncipe no había mapas, lo que más le interesa a un coleccionista y lo que decide del precio de un incunable. El ladrón cogió los ejemplares más antiguos y no aquellos que tenían los mapas coloridos. Todos los empleados de Impresos Antiguos sabían perfectamente cuáles ediciones venían con sus mapas y lo que significaba esto para su valor en el mercado.

¿Querría decir esto que el ladrón no tendría ninguna relación profesional con la Biblioteca Jagiellonica? Los empleados y los que llevan la investigación opinan que esto es poco probable. La posibilidad de que una persona completamente ajena pudiera entrar en el almacén de impresos antiguos es muy baja. Además, es casi seguro que el ladrón repetía su itinerario y que los libros fueron sacados de la biblioteca en diferentes momentos, cada vez una, dos o tres piezas. Desde el principio fue evidente que sólo una persona que trabajaba en el edificio de la Biblioteca Jagiellonica podría conocer las vías utilizadas para transportar los libros como para no dejarse sorprender por nadie al salir de la biblioteca. Pero además, en el sistema de signaturas continuas del almacén de impresos antiguos sólo una persona con cierta experiencia bibliotecaria podría orientarse en la colocación de los libros. Todo esto indica que el ladrón fue uno de los empleados de la Bibliotecapero no de la Sección de Impresos Antiguos, o tal vez un antiguo empleado. De todas formas el ladrón actuaba probablemente con plena consciencia, realizando su delito traidor de la ciencia. La investigación aclaró también que este proceder comenzó en marzo de 1999 y duró unas tres semanas, hasta la mitad de abril, cuando fue descubierto.

Existen algunas razones para sospechar que el mandante del robo conocía bien los fondos de la Biblioteca Jagiellonica y también la situación del mercado anticuario alemán. Se daba cuenta que el hecho de quitar del catálogo las fichas de inventario de los libros robados no podría retrasar por mucho tiempo la divulgación del delito. Todos los especialistas saben que los incunables de las colecciones polacas están descritos, junto con sus signaturas actuales en dos catálogos fundamentales publicados, uno de Wladyslaw Wislocki y otro de Anna Lewicka-Kamienska. Un especialista deseoso de reservar un incunable lo haría según la descripción de uno de estos trabajos.

El ladrón tenía entonces mucha prisa, aunque quitaba las fichas del catálogo de BJ en cualquier momento podría ser desenmascarado. Se verificó que la envoltura del libro robado, gracias a la que se descubrió este hecho, seguramente no estaba en aquella estantería tres días antes, con lo cual, el último libro fue robado sólo tres días antes, lo que sugiere que el ladrón podría tener la intención de seguir robando. Sólo el concurso de felices circunstancias decidió que la BJ no resultara con daños mucho mayores.

Al principio de septiembre la dirección de la Biblioteca Jagielonica presentó la lista de las obras perdidas, que se alargaba mientras avanzaba la investigación para llegar en noviembre al número de 58, y todavía no se la puede considerar como completa. El valor de los libros perdidos es inestimable, basta con enumerar algunos títulos y autores para comprender la dimensión de la catástrofe que ocurrió. “Cosmographia” de Ptolemeo (seis ejemplares de varias ediciones), “Harmonice mundi libri” de J. Kepler, editado en Frankfurt en 1611, “Comediae” de Plauto, editado en Venecia en 1472, “De medicinis simplicibus” de Estrasburgo, de 1470, o “Il saggiaiore” de G. Galilei, editado en Roma en 1623. Estos son sólo algunos de los libros desaparecidos.

Aparte de esto, también se perdieron unas obras que pertenecían a la colección de la Biblioteca Prusiana, llamada también la colección de Berlín, que durante la guerra fue depositada en la Biblioteca Jagiellonica, y cuya devolución desde hace tiempo reivindica Alemania. Se notó la falta de unos mapas y de seis atlas que nunca estaban accesibles a los lectores. No se sabe cuándo desaparecieron. No se sabe quién lo hizo. No es del todo seguro si el autor del robo es el mismo que el que saqueaba en la Sección de Impresos Antiguos. Algunos detalles dejan pensar que el ladrón de los atlas sabía muy bien lo que podría encontrar en la Biblioteca Jagielonica, pero esto no aclara si fue la misma persona o el mismo grupo que aquel que se llevó, entre otras cosas, seis ejemplares de la “Cosmographia”.

Otra pregunta es si la dirección de Biblioteca Jagielonica reveló todos los daños que sufrieron sus colecciones, vistos los problemas de organización que tenía la biblioteca y la dificultad en evaluar las pérdidas.

La información más inquietante transmitida por los empleados de BJ, es que los atlas robados se encontraban no en la Sección de Cartografía sino en la colección general. El robo se descubrió sólo porque en el estante quedó un espacio libre. Algunos de los atlas robados no tenían signatura, cosa inconcebible en una biblioteca de este tamaño. Cuando no hay signaturas, tampoco hay número de inventario, los atlas no figuraban entonces en ningún registro. No está claro si estos

atlas eran en la BJ los únicos volúmenes sin signatura. Y ¿cómo saber en este caso si el número de los libros robados no fue mucho más elevado de lo que sugerían las autoridades de la Universidad Jagiellonica? Seguro que la mala organización y el desorden en la Biblioteca constituyen otro argumento más para la parte alemana que intenta recuperar la Colección de Berlín, olvidando la cantidad de obras de arte polacas que entraron en su posesión durante la guerra.

Además, los vínculos de Alemania con el robo escandaloso en Cracovia no se limitan a la cuestión de Colección de Berlín. Al principio de octubre, en el catálogo de una casa de subasta alemana, Reiss und Sohn, en Köningstein al lado de Frankurt del Main, aparecieron libros que podrían haber sido robados de la Biblioteca Jagiellonica. Los títulos, las fechas y las ediciones coincidían. Gracias a la reacción rápida de los especialistas que indicaron el posible origen polaco de estos libros, la fiscalía polaca pudo presentar a la fiscalía alemana la demanda de requisación de trece libros. Entre ellos se encontraba el libro más valioso de la subasta, lla “Cosmographia” de Ptolemeo, editado en Ulm en 1482 (el precio de salida en la subasta era de 1.200.000 marcos alemanes, que probablemente llegarían hasta los 2.000.000 de marcos). Fue el libro que más llamó la atención de los expertos y dio la base para el análisis detallado de los demás presentados a la venta. Su procedencia de la Biblioteca Jagiellonica se averiguó gracias a pruebas incontestables.

Primero se examinó la cubierta de la obra de Ptolemeo. En la Biblioteca Jagiellonica se calcaban la cubiertas de los libros más valiosos haciendo una especie de impresión en un folio de papel en el que se quedaban las marcas de los ornamentos y de los deterioros. La cubierta de la casa Reiss und Sohn cuadraba perfectamente con la impresión. El libro llevaba marcas de trabajo de falsificación efectuado con una maestría sorprendente, se veían partes añadidas de papel antiguo, exactamente en los sitios donde deberían estar los sellos de la BJ. Al final, como argumento decisivo se presentaron nueve fotos hechas en 1990 con una cámara de fotos privada (el microfilm de este libro no existía, por las razones económicas), por un empleado de la Biblioteca Nacional de Varsovia, que en aquella época las necesitaba para su trabajo. Y aunque el anticuario de Köngstein, Godebert Reiss aseguraba que tenía la documentación del origen legal de la obra, aunque se intentó quitar todas las señales de propiedad, las fotos demostraron definitivamente que se trataba del libro robado en la Biblioteca de la Universidad Jagiellonica. En resumen, se probó que once libros robados de Polonia fueron destinados a la licitación después de haber sido convenientemente preparados, lo que se traducía en la supresión de marcas características y de las del propietario de los impresos antiguos, o por la separación de volúmenes que originalmente venían juntos, lo que ya

constituye un crimen de punto de vista de un bibliotecario. Este número creció incluso hasta los diecinueve libros cuando el anticuario Reiss reveló la existencia de otros impresos antiguos de origen polaco en sus almacenes, y luego cuando se constató que la obra de G. Galilei "Sidereus nuncius", aparecida en la casa de subasta Christie's de Londres, proviene del mismo anticuario alemán.

La información actual no permite más que reconstruir difícilmente los hechos. El robo, el contrabando y la introducción de los libros en el mercado oficial siguen siendo un misterio, más difícil de descubrir aún porque los libros están fuera de Polonia, lo que da al problema unas dimensiones internacionales, con lo cual se necesita mucha precaución para no deteriorar las relaciones con los demás países. Ahora la cuestión más importante y el objetivo de la instrucción es más que nada encontrar y recuperar todos los libros robados y, por otro lado, hacer todo lo posible para que esta situación que contradice la idea de la probidad científica y desacredita la importancia de valores no materiales, no se repita más.

En realidad es cuestión no sólo de la eficacia de los sistemas de protección, sino también de la honestidad de los anticuarios y de los intermediarios en la venta de obras de arte. Y no se trata aquí de un mercado negro subterráneo, sino que están involucrados los sitios más renombrados en el comercio del arte, las casas de subasta más conocidas. La fiscalía de Cracovia considera a Godeberg Reiss como a una víctima de comisionistas deshonestos, inconsciente del origen ilícito de diecinueve impresos antiguos. Y más, porque fue su propia iniciativa el mostrar a los mediadores de Cracovia las obras robadas que no figuraban en su catálogo, pero que destinadas para otra subasta esperaban en sus almacenes. Reiss declaró que había comprado los libros sin cubiertas y primeras páginas o otras marcas de propiedad, se veían en muchos sitios los trozos recién cortados. Luego añadió en estos sitios trozos de papel y de pergamino convenientemente preparados, limpios y encuadernó los impresos. Sin embargo, es bastante raro que un anticuario con tanta experiencia no se haya dado cuenta del origen inseguro de los libros cortados de esta manera escandalosa, con los sellos de propiedad evidentemente quitados. ¿No debería sospechar que podrían provenir de algún robo? Es más bien una cuestión que entronca con un problema de ética y con costumbres profesionales de anticuarios que una cuestión regulada por las leyes.

En el mundo entero desde hace muchos años, en el mercado de antigüedades legal, circulan libremente libros originarios del robo. Por culpa de unas negligencias importantes en los sistemas de seguridad Polonia tuvo que pagar un precio muy alto perdiendo un fragmento importante de su tesoro nacional. Casi seguro que una parte del tesoro robado no volverá nunca a la Biblioteca Jagielloni-

ca, y los diecinueve libros encontrados tardarán bastante en volver, vistos los procedimientos de la fiscalía extranjera que dispone ahora de ellos. Puede que ni siquiera el final de la instrucción signifique el regreso de los impresos antiguos a Polonia. Esta vez parece que las autoridades de la Universidad Jagiellonica sacaron conclusiones de esta experiencia nefasta y la Biblioteca está mejor preparada para guardar sus colecciones de valor inestimable. En el mes de agosto se dispuso la instalación de cámaras dentro de los almacenes, de cerraduras electrónicas y de un sistema antirrobo, se mejoró considerablemente el funcionamiento y la seguridad de la Biblioteca.

Independientemente de los resultados de la instrucción, la historia de este robo insolente cerró una época. Desde hace años, los ladrones se sentían libres, teniendo en cuenta la protección casi inexistente de las colecciones en las bibliotecas de Polonia, e impunes, visto que una vez los objetos robados se encontraban fuera de Polonia, estaba claro que no vendría nadie para buscarlos. El escándalo relacionado con el robo en la Biblioteca Jagiellonica cambió el mercado europeo de antigüedades. Los anticuarios saben ya que hay que ser prudente. Los dueños de libros perdidos vendrán a reclamar su propiedad.

NOTA BIBLIOGRÁFICA¹

- DAŃKO, I., JANOWSKI, D., *Los mapas dudosos. El robo en la Biblioteca Jagiellonica*, «Gazeta Wyborcza», 28-09-99.
 ---, *Buscando los libros robados*, «Gazeta Wyborcza», 18-12-99.
 DĘBICKI, M., *La obra de Copérnico en Londres*, «Gazeta Wyborcza» 13-10-99.
 HUCZKOWSKI, J., *El gran robo*, «Gazeta Antykwaryczna», 09-99.
 RUBINOWICZ, A., *La obra de Ptolemeo con marcas distintivas*, «Gazeta Wyborcza», 05-10-99.
 SADECKI, J., TURSKA, E., *Christie's niega el origen polaco*, «Rzeczpospolita», 14-10-99.

Cracovia, 28 de diciembre de 1999

¹ Los títulos de los artículos, en origen en polaco, han sido traducidos al español.